



Domingo I de Adviento Ciclo A 27 de noviembre 2016

Adviento, tiempo de esperanza

Comenzamos un nuevo año litúrgico con el Adviento, este tiempo cargado de esperanza que nos ofrece la Iglesia como preparación para celebrar con profunda alegría la Navidad, el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Tener esperanza es signo de vida. Dejar de esperar un nuevo día, un nuevo encuentro, un nuevo proyecto es signo de muerte... Cuando ya no esperamos nada de la vida estamos diciendo que no vale la pena vivirla y la tristeza y la desidia van inundando nuestro corazón...

El futuro nos genera mucha incertidumbre. El desamor, la enfermedad, los conflictos no resueltos, el trabajo, la familia, los problemas económicos, nuestras expectativas decepcionadas, la amistad... pueden convertirse en temores que atenazan nuestra esperanza.

Vivir despiertos

El evangelio de hoy es una invitación a vivir despiertos y vigilantes. No se trata de vivir atemorizados, sino alerta porque el amor no descansa, porque Dios siempre sorprende y sale a nuestro encuentro. Si queremos descubrirle es imprescindible vivir atentos, en un esfuerzo vigilante preñado de misericordia y cariño hacia el mundo.

Con frecuencia, más que despiertos vivimos adormilados, satisfechos de nosotros mismos. A veces vivimos mucho del "postureo", del qué dirán, del aparentar. Con una línea de vida muy superficial y mediocre, enredados en muchas historias que nos alejan de lo esencial de nuestra vida: la primacía de Dios y la misión salesiana.

El deseo de Dios tiene que llenar nuestro corazón de confianza en que las cosas pueden ser de otra manera. La desconfianza y el miedo no pueden apoderarse de nuestro centro vital.

Puede resultar incómodo despertar y salir de nuestra zona de confort removiendo nuestras seguridades... Sin embargo, el apóstol Pablo nos dice que "ya es hora de despertaros del sueño".



La Misa del Domingo

Tenemos que aprender, una y otra vez, a poner nuestra esperanza en Dios. Él siempre es fiel y tiene un proyecto de felicidad plena para el ser humano. En el pesebre nace nuestra esperanza. Dios se hace presente en nuestra historia para siempre. El tiempo de Adviento es una semilla cargada de utopía, de deseo de Dios, de sueño de plenitud.

Es imprescindible recordarnos muchas veces estas verdades, especialmente cuando flojea nuestra esperanza en el mundo, en la Iglesia, en nosotros mismos... Cuando el miedo parece que va inundando nuestras entrañas... Cuando nos cansamos de entregarnos y empezamos a pasar factura...

Es tiempo de renovar nuestra esperanza en el Señor Jesús que vino, viene y vendrá... Más allá de nuestras limitaciones y errores, Dios siempre viene para sanar. ¡Feliz Adviento!

Sergio Huerta Moyano, sdb